

versado al principio de la velada. Me refiero al doble asesinato de la calle Morgue y al misterio de la desaparición de Marie Rogêt⁵. Por eso me pareció una coincidencia que la puerta se abriese para dejar paso a nuestro viejo conocido monsieur G..., el prefecto⁶ de la Policía de París.

Le dimos una cordial bienvenida, pues aquel hombre era bastante divertido, aunque tenía su lado despreciable, y llevábamos años sin verlo. Estábamos sentados a oscuras, y Dupin se levantó para encender una lámpara. Pero, antes de que llegase a hacerlo, G... nos informó de que venía a consultarnos, o, mejor dicho, a pedir la opinión de mi amigo sobre cierto asunto oficial, que le causaba muchas preocupaciones.

—Si el asunto necesita reflexión —observó Dupin, absteniéndose de prender la mecha—, lo examinaremos mejor en la oscuridad.

—He aquí otra de sus ideas extrañas —dijo el prefecto, que tenía la costumbre de llamar extraño

⁵ *El misterio de la calle Morgue* y *El crimen de Marie Rogêt* son dos relatos escritos por Poe, protagonizados también por el detective Dupin.

⁶ Se llama prefecto al oficial jefe.

a todo lo que superaba su comprensión, por lo que vivía rodeado de una verdadera legión de extrañezas.

—Es muy cierto —repuso Dupin, al tiempo que ofrecía una pipa a nuestro visitante y lo invitaba a sentarse.

—¿En qué consiste el problema? —pregunté—. Espero que no sea otro asesinato.

—¡Oh, no, nada de eso! De hecho se trata de un asunto muy sencillo, y no dudo de que podemos resolverlo perfectamente por nuestros propios medios. Pero pensé que a Dupin le gustaría conocer los detalles, puesto que es un caso muy raro.

—Sencillo y raro —dijo Dupin.

—Pues sí, pero hay algo más. El hecho es que todos estamos bastante confundidos, ya que, aunque el problema es sencillísimo, al mismo tiempo resulta desconcertante.

—Quizá es precisamente la sencillez del asunto lo que los desconcierta —observó mi amigo.

—¡Qué disparates dice usted! —replicó el prefecto, riendo a carcajadas.

—Quizá el misterio sea un poco demasiado simple —dijo Dupin.

—¡Oh, santo cielo! ¿Cómo puede ocurrírsele semejante idea?

—Un poco demasiado evidente.

—¡Ja, ja! ¡Ja, ja! ¡Jo, jo! —reía nuestro visitante, cada vez más divertido—. ¡Oh, Dupin, va a conseguir que me muera de risa!

—Y bien, ¿de qué se trata? —pregunté.

—Voy a decírselo —contestó el prefecto, al tiempo que lanzaba una larga y densa bocanada de humo y se arrellanaba en un sillón—. Se lo contaré en pocas palabras, pero antes debo advertirles de que este asunto exige el mayor secreto, y si se supiera que lo he confiado a otras personas perdería mi puesto.

—Prosiga —dije.

—O no prosiga, si lo prefiere —dijo Dupin.

—Ahí va, pues. Un alto funcionario me informó personalmente de que cierto documento de la mayor importancia había sido robado de las habitaciones reales. Se sabe quién lo hizo, pues vieron al individuo en cuestión cometer el robo.

También se sabe que el documento sigue en su poder.

—¿Cómo saben eso? —preguntó Dupin.

—Se deduce claramente —contestó el prefecto— de la naturaleza del documento, y de que no se hayan producido ciertas consecuencias que habrían tenido lugar si hubiera llegado a otras manos; es decir, si el ladrón ya hubiese logrado sus fines.

—Sea un poco más explícito —dije.

—Pues bien, puedo afirmar que el documento concede a su poseedor cierto poder en determinado sector, donde ese poder es inmensamente valioso.

El prefecto era muy aficionado a la jerga diplomática, que no se caracteriza por su claridad.

—No acabo de entenderlo —dijo Dupin.

—¿No? Veamos. Si ese documento se mostrara a alguien, cuyo nombre no puedo ni debo mencionar, el honor de cierta persona del más alto rango quedaría en entredicho. Así pues, el honor y la tranquilidad de esta última están completamente a merced del actual poseedor del documento.

—Pero para que el chantaje funcione —interviene—, es imprescindible que la persona robada tenga

conocimiento de la identidad del ladrón, que sepa quién es. ¿Y quién va a atreverse a correr ese riesgo?

—El ladrón —dijo G...— es nada menos que el ministro D..., que se atreve a todo, tanto a lo que es digno de un hombre como a lo que es indigno. La forma en que cometió el robo resulta tan ingeniosa como audaz. El documento en cuestión, una carta para decirlo de una vez, llegó a manos de la persona robada cuando se encontraba a solas en su gabinete privado. Mientras la leía atentamente, se vio interrumpida de pronto por la entrada de otra persona, a la que tenía un interés especial en ocultar la carta. Su primera intención fue guardarla en un cajón, pero no tuvo tiempo, y hubo de dejarla, abierta como estaba, sobre una mesa. La dirección había quedado expuesta pero no el contenido. Entró entonces el ministro D... Sus ojos de lince percibieron inmediatamente el papel, reconoció la letra que había escrito la dirección, observó la confusión de la persona a la que iba destinada la carta y adivinó su secreto. Tras despachar algunos asuntos de la forma apresurada que lo caracteriza,

extrajo una carta parecida a la que nos ocupa, la abrió, fingió leerla y la colocó justo al lado de la otra. Volvió entonces a conversar sobre los asuntos públicos durante un cuarto de hora. Finalmente, al despedirse, tomó de la mesa la carta que no le pertenecía. La dueña legítima de la carta advirtió la maniobra, pero, como es obvio, no se atrevió a llamarle la atención en presencia de la otra persona, que permanecía junto a ella. El ministro se marchó dejando sobre la mesa su propia carta, una carta sin importancia.

—Ahí tiene usted —dijo Dupin, dirigiéndose a mí—, lo que se necesitaba para que el chantaje funcione: el ladrón sabe que la persona robada lo reconoce como autor del robo.

—Así es —asintió el prefecto—. Durante estos últimos meses, el poder conseguido mediante el robo ha sido empleado con fines políticos, hasta un punto extremadamente peligroso. La persona robada está cada vez más convencida de la necesidad de recuperar su carta. Pero, claro está, algo así no puede hacerse abiertamente. Al fin, impulsada por la desesperación, me ha confiado el caso.

—Excelente elección —dijo Dupin, arrojando una bocanada de humo—. ¿Quién podría desear, o incluso imaginar, un agente más sagaz?

—Me halaga usted —replicó el prefecto—, pero es posible que, en efecto, algunos tengan esa opinión de mí.

—Es evidente —dije— que, como usted afirma, la carta sigue en posesión del ministro, dado que su poder depende de esa posesión, y no de su uso. Si la carta fuera utilizada, es decir si llegara a otras manos, ese poder se extinguiría.

—Muy cierto —asintió G...—, y con esa convicción he actuado. Mi primera medida fue registrar minuciosamente la mansión del ministro, tarea que debía acometer sin que llegara a enterarse. Se me había advertido que, por encima de todo, debíamos evitar que sospechase de nuestras intenciones. De lo contrario, correríamos un gran peligro.

—Pero —objeté— usted es un especialista en ese tipo de investigaciones. La Policía de París las practica a menudo.

—¡Sí, claro! Y por esa razón no desespero. Además, las costumbres del ministro me proporcio-

nan una gran ventaja. Con frecuencia pasa la noche entera fuera de su casa. No puede decirse que los sirvientes sean muchos. Duermen lejos de los aposentos de su amo y, como casi todos son napolitanos, siempre están dispuestos a emborracharse. Ya saben ustedes que dispongo de un surtido de llaves con las que puedo abrir cualquier habitación de París. Durante estos tres meses no ha pasado una sola noche sin que me dedicara personalmente a registrar la mansión de D... Mi reputación está en juego y, si puedo confiarles un gran secreto, la recompensa prometida es enorme. Por eso no he abandonado la búsqueda hasta que he llegado a la convicción de que el ladrón es más astuto que yo. Les aseguro que he registrado cada escondrijo y cada rincón de la casa donde la carta podría estar escondida.

—¿No sería posible —pregunté— que, aunque la carta se encuentre en posesión del ministro, como parece indudable, este la hubiera escondido en otro lugar y no en su propia casa?

—Es muy poco probable —contestó Dupin—. La situación actual de los asuntos de la corte, y especialmente de las intrigas en las que D... se halla

envuelto, hacen que la eficacia del documento dependa de la posibilidad de ser mostrado en cualquier momento. Y para eso ha de ser accesible. Eso es tan importante como el hecho mismo de su posesión.

—Tiene razón —convine—. La carta ha de estar en la casa. Supongo que podemos descartar la idea de que el ministro la lleve encima.

—Por supuesto —dijo el prefecto—. Dos veces he ordenado que lo atracaran falsos maleantes, y yo mismo vi cómo era registrado rigurosamente.

—Podía haberse ahorrado esa molestia —observó Dupin—. Supongo que D... no está loco y que ha debido de prever esos atracos, como algo que entra dentro de lo posible.

—No está loco —dijo G...—, pero es un poeta, lo que en mi opinión se parece mucho.

—Cierto —dijo Dupin, pensativo, tras arrancar una larga bocanada de humo a su pipa de espuma de mar—. También yo, por mi parte, me confieso autor de algunas rimas.

—¿Podría darnos algún detalle preciso de su investigación? —le pregunté a G...

—Por supuesto. El hecho es que nos tomamos el tiempo necesario y buscamos en todas partes. Tengo, claro está, una larga experiencia en estos casos. Recorrí la mansión, habitación por habitación, dedicando una noche entera a cada una. Primero examinamos el mobiliario. Abrimos todos los cajones. Supongo que saben que, para un agente de policía bien entrenado, no hay cajón secreto que no pueda descubrirse. En una búsqueda como esta, el hombre al que se le escapa un cajón secreto es un imbécil. ¡Es algo tan sencillo, en el fondo! Cada escritorio, cada mueble en fin, tiene una capacidad determinada, fácil de calcular. Para eso tenemos reglas muy precisas. No se nos escaparía, no ya una carta, sino ni siquiera una línea. Después nos dedicamos a las sillas. Sondeamos los almohadones con esas agujas largas y finas que usted me ha visto utilizar. Levantamos los tableros de las mesas.

—¿Para qué?

—A veces, la persona que desea ocultar algo alza el tablero de una mesa o de cualquier otro mueble, practica un orificio en una de las patas,

esconde el objeto en cuestión y vuelve a colocar el tablero. Lo mismo suele hacerse en las cabeceras y en los postes de las camas.

—Pero, esos huecos, ¿no pueden descubrirse por el sonido? —pregunté.

—No, si el objeto ha sido envuelto en una capa de algodón. Además, en este caso estábamos obligados a actuar sin hacer ruido.

—Pero es imposible que ustedes hayan desmontado todas las piezas de los muebles donde la carta pudo ocultarse tal como nos ha contado. Una carta puede ser enrollada hasta adoptar la forma de un cilindro muy delgado, casi como una aguja larga de tejer, y entonces ser introducida, por ejemplo, en el travesaño de una silla. ¿Desmontaron ustedes las piezas de todas las sillas?

—Claro que no. Pero hicimos algo mejor: examinamos los travesaños de cada silla de la mansión e incluso las juntas de todos los muebles mediante una poderosa lente de aumento. Si hubiera existido la menor señal de un cambio reciente, lo habríamos advertido al instante. Un simple grano de aserrín producido por un berbiquí,

por ejemplo, habría sido tan visible como una manzana. Cualquier alteración en la cola, una pequeña grieta entre las juntas nos habría bastado para descubrir el escondite.

—Supongo que examinaron los espejos, entre la luna y la chapa de madera, y que habrán registrado las camas y la ropa de cama, así como los cortinajes y las alfombras.

—Naturalmente. Y, después de revisar cada partícula del mobiliario de ese modo, pasamos a examinar la propia mansión. Dividimos su superficie en compartimentos que numeramos, para no olvidar ninguno; luego examinamos cada pulgada⁷ cuadrada, incluyendo las dos casas contiguas, con la ayuda de esa lente de aumento que he mencionado.

—¿Las dos casas contiguas? —exclamé—. ¡Habrán tenido toda suerte de dificultades!

—Sí. Pero la recompensa ofrecida merece la pena.

—¿Incluyeron ustedes el terreno que rodea las casas?

⁷Pulgada: unidad de longitud equivalente a la longitud de un pulgar, y en particular a su primera falange. Equivale a 2,5 centímetros.

—Todo el terreno está enladrillado. Nos dio relativamente poco trabajo. Examinamos el musgo entre los ladrillos y lo encontramos intacto.

—Habrá usted registrado los papeles de D..., naturalmente, y los libros de su biblioteca.

—Por supuesto. Abrimos cada paquete y comprobamos cada papel. Y no solo abrimos cada libro, sino que lo repasamos hoja por hoja, sin conformarnos con una simple sacudida, como hacen algunos oficiales de policía. Medimos también el grosor de cada cubierta con la mayor minuciosidad, y la sometimos al escrutinio de la lente de aumento. Si se hubiera manipulado recientemente alguna de esas encuadernaciones, lo habríamos advertido sin duda alguna. Cinco o seis volúmenes que acababan de salir de manos del encuadernador fueron sondeados con cuidado, en sentido longitudinal, con las agujas.

—¿Exploraron el suelo, bajo las alfombras?

—Por supuesto. Levantamos todas las alfombras y revisamos los bordes con la lente de aumento.

—¿Y el papel de las paredes?

—También.

—¿Registraron los sótanos?

—Lo hicimos.

—Pues entonces —dije— se han equivocado, y la carta no se encuentra en la mansión del ministro.

—Temo que tenga usted razón —dijo el prefecto—. Y ahora, Dupin, ¿qué me aconseja?

—Hacer otro registro minucioso de la casa.

—¡Pero eso es completamente inútil! —replicó G...—. Estoy tan seguro de que respiro como de que esa carta no se encuentra en la mansión.

—Es el mejor consejo que puedo darle —dijo Dupin—. Tendrá, por supuesto, una descripción exacta de la carta.

—¡Oh, sí!

Y aquí el prefecto extrajo un cuaderno de notas y procedió a leernos en voz alta una descripción minuciosa de la carta robada, tanto del interior como del exterior. Poco después se despidió de nosotros. Tenía un aspecto extraordinariamente abatido.

Un mes después, poco más o menos, nos visitó de nuevo y nos encontró sumidos en nuestros pensamientos, como la vez anterior. Tomó una

pipa, se sentó e inició una charla intrascendente. Al cabo de un rato le dije:

—Bueno, G..., ¿qué pasó con la carta robada? Supongo que al final se habrá convencido de que no es cosa fácil ganar en astucia al ministro.

—¡Que el diablo se lo lleve! Volví a registrar su casa, como me había aconsejado Dupin, pero todo fue inútil. Yo ya lo sospechaba.

—¿A cuánto dijo usted que ascendía la recompensa? —preguntó Dupin.

—Pues a una gran cantidad. Es una recompensa muy generosa... No sé la cantidad exacta, pero puedo decirle que yo mismo estoy dispuesto a entregar un cheque de cincuenta mil francos a quien me consiga esa carta. El asunto adquiere cada día mayor importancia, y hace poco que la recompensa ha sido doblada. Pero, aunque la triplicaran, no podría hacer más de lo que he hecho.

—Pues, a decir verdad —empezó Dupin, arrastrando las palabras entre las bocanadas de humo de su pipa—, realmente creo, G..., que usted no se ha esforzado bastante... en este asunto. Podría haber hecho algo más... ¿No cree?

—¿Cómo? ¿En qué sentido?

—Pues... —empezó, y dio una bocanada—, usted podría —continuó, y dio dos bocanadas más— pedir consejo en este asunto... —Dio tres bocanadas—. ¿Conoce la historia que cuentan de Abernethy⁸?

—No. ¡Al diablo con Abernethy!

—De acuerdo. ¡Al diablo, si eso le tranquiliza! Pero se la contaré de todos modos. Una vez, a cierto hombre rico, por otra parte bastante avaro, se le ocurrió la idea de conseguir un diagnóstico de Abernethy gratis, sin tener que abonarle la minuta. Para ello entabló con él, en una casa particular, una conversación corriente, y le explicó su propio caso como si se tratara del de otra persona. «Supongamos —dijo el avaro— que los síntomas del enfermo son estos. Ahora bien, doctor: ¿qué le aconsejaría que tomase?». «Lo que yo le aconsejaría —repuso Abernethy, muy serio— es que consultara a un médico».

—Pero —objetó el prefecto, algo desconcertado— yo estoy plenamente dispuesto a solicitar

⁸John Abernethy (1764-1831) fue un cirujano y anatomista inglés.

consejo y a pagar por ello. Realmente daría cincuenta mil francos a cualquiera que me ayudara en este asunto.

—En tal caso —replicó Dupin, abriendo un cajón y extrayendo un talonario—, bien podría usted extender un cheque a mi nombre, por esa suma. Cuando lo haya firmado, le entregaré la carta.

Me quedé atónito. En cuanto al prefecto, parecía haber sido fulminado por un rayo. Permaneció en silencio e inmóvil durante unos minutos, mirando a mi amigo con la boca abierta y los ojos desorbitados. Luego pareció recuperarse. Tomó una pluma y, tras algunas pausas y vacilaciones, llenó y firmó un cheque de cincuenta mil francos y se lo tendió a Dupin por encima de la mesa. Mi amigo lo examinó con cuidado y lo guardó en su cartera. Abrió un escritorio, extrajo una carta y se la entregó al prefecto. El funcionario la tomó con gesto de alegría, la abrió con manos trémulas, lanzó una rápida ojeada a su contenido y luego, tras asir la manija de la puerta y forcejear con ella, se precipitó fuera de la habitación y de la casa sin despedirse

ni haber pronunciado una sola sílaba desde que Dupin le había pedido que rellenara el cheque.

Cuando nos quedamos solos, mi amigo me dio algunas explicaciones.

—La Policía parisiense es sumamente eficaz a su manera —dijo—. Es perseverante, ingeniosa, astuta y muy versada en los conocimientos que sus tareas exigen. Así, cuando G... nos explicó en detalle cómo habían registrado la casa de D..., tuve plena confianza en que habían realizado una investigación satisfactoria, dentro de sus límites.

—¿Dentro de sus límites? —repetí.

—Sí —dijo Dupin—. Las disposiciones adoptadas eran las mejores, y sin duda su ejecución había sido perfecta. Si la carta hubiera estado a su alcance, los agentes la habrían descubierto.

Sonreí, pero Dupin parecía hablar muy en serio.

—Las disposiciones y su ejecución —continuó— habían sido excelentes, como he dicho. Su fallo consistía en que no eran aplicables a este caso ni a este hombre. El prefecto tiene una serie de recursos muy ingeniosos que utiliza como una

especie de lecho de Procusto⁹, a los que adapta sus designios. Pero casi siempre se equivoca, porque se muestra demasiado profundo o demasiado superficial para lo que se trae entre manos, y muchos colegiales razonarían mejor que él.

»Conocí a un chico de unos ocho años, que se había ganado la admiración general por su éxito como adivinador en el juego de «pares o nones». El juego es muy sencillo y se juega con unas bolas. Un chico lleva en la mano cierto número de bolas y pregunta al otro si son pares o nones, es decir impares. Si el otro acierta en su decisión gana una, y si se equivoca pierde una. El niño al que me refiero ganaba todas las bolas de la escuela. Tenía un método, por supuesto, que se basaba en la simple observación y en la apreciación de la astucia de sus oponentes.

»Imaginemos que el contrario sea alguien un tanto simple. Levanta la mano cerrada y pregunta: “¿Pares o nones?”. Nuestro colegial responde:

⁹ Según la mitología griega, Procusto era un bandido y posadero, que extendía a sus huéspedes sobre un lecho de hierro y estiraba sus miembros o los amputaba hasta que coincidían con sus medidas.

“Nones”, y pierde, pero la siguiente vez gana, porque se ha dicho a sí mismo: “El tonto tenía pares antes, y es tan simple que ahora habrá cambiado y tendrá nones. Por tanto, diré nones”. Lo dice, y gana. Ahora bien, si le toca jugar contra un adversario algo menos simple, razonará de la manera siguiente: “Mi contrincante sabe que la primera vez elegí nones, y ahora tendrá la intención de cambiar, pero una segunda reflexión le llevará a pensar que la variación es demasiado sencilla, y al final elegirá de nuevo un número impar de bolas, como la primera vez. Por lo tanto, diré nones”. Así lo hace, y gana. Pues bien, este tipo de razonamiento del colegial, que para sus compañeros no es sino buena suerte, ¿en qué consiste si lo analizamos con cuidado?

—Consiste —respondí— en la identificación de la mente del razonador con la de su oponente.

—Así es —dijo Dupin—. Cuando pregunté al muchacho cómo conseguía esa identificación con el contrario de la que dependían sus triunfos, me contestó: «Si quiero saber si alguien es inteligente, estúpido, bueno o malo, o qué está pensando,

intento poner la misma cara que él, y luego espero para saber qué ideas o sentimientos nacen en mi cabeza o en mi corazón, y se acomodan a esa cara». Esta respuesta del colegial supera en mucho la falsa profundidad que suele atribuirse a La Rochefoucauld, La Bruyère, Maquiavelo y Campanella¹⁰.

—Si le comprendo bien —dije—, para que alguien pueda llegar a identificarse con su adversario es necesario conocer con cierta precisión el nivel de inteligencia de este.

—En efecto —replicó Dupin—. Si el prefecto y sus hombres fracasan con tanta frecuencia es en primer lugar porque son incapaces de conseguir esa identificación con su rival, y en segundo porque ni tienen en cuenta ni conocen el tipo de inte-

¹⁰ François de La Rochefoucauld (1613-1680) fue un escritor y moralista francés, conocido sobre todo por sus *Reflexiones o sentencias y máximas morales*. La fama de Jean de La Bruyère (1645-1696), también francés, escritor y moralista, se debe a su obra *Los Caracteres o las costumbres de este siglo*. El diplomático y escritor italiano Niccolò Machiavelli (1469-1527), más conocido por el nombre castellanizado de Nicolás Maquiavelo, publicó en 1513 su libro más célebre, un tratado de doctrina política titulado *El Príncipe*. Tommaso Campanella (1568-1639), filósofo italiano, escribió el tratado utópico *La ciudad del Sol*, donde describió un Estado ideal, basado en principios de igualdad.

ligencia al que se enfrentan. Solo se atienen a su propia astucia, y cuando buscan un objeto oculto solo piensan en lo que ellos habrían hecho para esconderlo. Con frecuencia aciertan, porque su astucia es la de la mayoría de la gente común. Pero, cuando la inteligencia del malhechor es de otra categoría, suelen fracasar. Eso ocurre siempre cuando se trata de una inteligencia superior a la suya, y muy a menudo cuando está por debajo. Sus métodos de investigación no varían. A lo sumo, si se sienten atraídos por un caso insólito o les mueve una gran recompensa, intensifican sus antiguas rutinas, pero sin modificar los principios.

»Por ejemplo, en el caso de D..., ¿qué se ha hecho para cambiar los procedimientos? ¿Qué son esas perforaciones con el berbiquí, esos sondeos con agujas, esas búsquedas con la lente de aumento, esa división de las superficies en pulgadas cuadradas y numeradas? ¿Qué representan sino la aplicación exagerada del principio o de la serie de principios habituales en una búsqueda, basados en una serie de nociones sobre el ingenio humano, a las que el prefecto se ha acostumbrado en su

prolongada rutina? ¿No ve usted que G... da por sentado que, ante el problema de esconder una carta, todos los hombres recurren, si no precisamente a un orificio practicado en la pata de una silla, al menos a alguna cavidad o rincón secreto sugerido por la misma línea de pensamiento que el orificio hecho con el berbiquí? Ahora bien, los escondites de ese tipo solo son utilizados por inteligencias comunes en circunstancias también comunes. En todos los casos de ocultación de un objeto, el prefecto y sus hombres consideran que ha sido escondido de ese modo. Visto así, el descubrimiento no depende en absoluto de la perspicacia, sino del rigor, la paciencia y la obstinación de los investigadores. Y cuando el caso es importante o la recompensa magnífica, lo que a los ojos de los policías significa lo mismo, el éxito es seguro. Comprenderá usted ahora lo que quiero decir cuando sostengo que, si la carta robada hubiera estado dentro de los límites de la búsqueda que el prefecto había trazado, y por tanto dentro de su radio de investigación, habría sido descubierta sin duda. Pero nuestro funcionario se ha visto engañado

por completo, y la causa original y más importante de su derrota está en la creencia de que el ministro es un loco porque ha logrado cierto renombre como poeta. Todos los locos son poetas para el prefecto, de donde él deduce que todos los poetas están locos.

—¿Pero se trata realmente del poeta? —pregunté—. Sé que son dos hermanos, y que ambos han conseguido cierta reputación con sus libros. Según creo, el ministro ha escrito una obra muy notable sobre el cálculo diferencial¹¹. Es un matemático y no un poeta.

—Se equivoca usted. Lo conozco bien, y sé que es ambas cosas. Como poeta y matemático es capaz de razonar a la perfección. Como simple matemático no sabría hacerlo, y habría quedado a merced del prefecto.

—Me asombra esa opinión —dije—, que como sabe no es la más extendida. No pretenderá usted acabar ahora con una idea admitida durante

¹¹ En matemáticas, el cálculo diferencial es un campo del cálculo que estudia cómo cambia una variable en comparación con otra variable, mediante el empleo de funciones.

siglos. La razón matemática siempre ha sido considerada como la razón por excelencia.

—*Il y a à parier* —replicó Dupin, citando a Chamfort— *que toute idée publique, toute convention reçue est une sottise, car elle a convenu au plus grand nombre*¹². Puedo asegurarle que los matemáticos han sido los primeros en difundir ese error popular al que usted alude, y que no por difundido deja de serlo. Por ejemplo, nos han acostumbrado, con un arte digno de mejor causa, a llamar «análisis» al álgebra. Los franceses son los causantes de ese engaño concreto. Pero, si se admite que las palabras tienen una importancia real, si su valor depende de su uso, entonces admito que el término «análisis» puede aplicarse al «álgebra», del mismo modo que en latín *ambitus* significa «ambición», *religio* «religión» y *homines honesti* la clase de los hombres honrados.

—Me temo —le dije— que acabará teniendo una disputa con los algebristas de París, pero continúe.

¹² «Puede apostarse que toda idea pública, toda convención aceptada es una estupidez, porque satisface a la mayoría». (En francés en el original). Chamfort (1749-1794) fue un moralista francés, autor de *Máximas y pensamientos, caracteres y anécdotas*.

—Niego la validez de una razón cultivada por cualquier procedimiento que no sea la lógica abstracta. Las matemáticas constituyen la ciencia de las formas y de las cantidades. El razonamiento matemático no es sino la lógica aplicada a la observación de la forma y de la cantidad. El gran error consiste en suponer que hasta las verdades de la llamada álgebra pura son verdades abstractas o generales. La enormidad de ese error hace que me asombre su aceptación universal. Los axiomas matemáticos no son axiomas de validez general. Lo que es cierto respecto a las relaciones de forma y cantidad suele resultar falso, por ejemplo, en cuanto a la ética. En esta última disciplina, la suma de las partes no suele ser igual al todo. En química ese axioma tampoco se cumple. Hay muchas otras verdades matemáticas que solo son ciertas dentro de los límites de una relación concreta. Pero el matemático argumenta a partir de sus verdades finitas, como si estas fueran de aplicación general, cosa que por lo demás la gente acepta y cree. En su excelente *Mitología*, Bryant¹³ alude a otra

¹³ Jacob Bryant (1715-1804), autor de *Un nuevo sistema o análisis de la antigua mitología*.

fuelle de errores cuando señala que, «aunque nadie cree ya en las fábulas paganas, tendemos a olvidarlo y extraemos consecuencias de ellas como si fueran realidades existentes». Pero, para nuestros algebristas, que también son paganos, las «fábulas paganas» son creíbles, y las consecuencias que extraen de ellas no nacen de un fallo de la memoria sino de una inexplicable perturbación del cerebro. En resumen, nunca he encontrado a un matemático en quien pudiera confiar más allá de sus raíces y sus ecuaciones, ni he conocido a uno que no tuviera por artículo de fe que x^2+px es absolutamente igual a q . Pruebe a decirle a uno de esos caballeros, por puro afán de experimentación, que, en su opinión, podría haber casos en los que x^2+px no fuera absolutamente igual a q . Pero, una vez haya manifestado sus dudas, salga de su alcance lo antes posible, porque es seguro que intentará golpearlo.

»Lo que intento decirle —añadió Dupin, mientras yo sonreía tras sus últimas observaciones— es que, si el ministro solo hubiera sido un matemático, el prefecto no se habría visto obligado a extenderme este cheque. Pero lo conozco. Es un matemático y

un poeta, por lo que tuve que atenerme a esa doble condición. También sabía que es un cortesano y un intrigante audaz. Pensé que un hombre así estaría al corriente de los métodos policiales ordinarios. Por supuesto, tenía que haber anticipado, y los hechos lo han demostrado, los falsos atracos a los que fue sometido. También habría previsto los registros llevados a cabo en su casa. Sus frecuentes ausencias nocturnas, que el prefecto consideraba muy oportunas, para mí solo eran argucias destinadas a favorecer la investigación, y convencer lo antes posible a la Policía de que la carta no estaba en su casa, como G... acabó aceptando.

»Sospechaba yo también que su mente habría seguido un razonamiento semejante al mío, en lo referente a la rutina policiaca a la hora de buscar objetos ocultos. Ese razonamiento tenía que haberle conducido inexorablemente a desdeñar todos los escondrijos vulgares. Llegué a la conclusión de que aquel hombre no podía ignorar que el rincón más intrincado y remoto de su morada sería accesible a los ojos, las sondas, los berbiquíes y las lentes de aumento del prefecto. Comprendí, en fin, que estaba

abocado a una solución sencilla, tanto por las circunstancias como, acaso, por propia elección. Recordará usted las carcajadas con las que rio el prefecto cuando, en nuestra primera entrevista, sugerí que, si el misterio le perturbaba tanto, quizá se debía a que resultaba demasiado evidente.

—Sí —dije—. Recuerdo bien su hilaridad. Por un momento pensé que iba a darle un ataque.

—Hay un juego de adivinanzas —continuó Dupin— que se juega con un mapa. Un participante pide al otro que encuentre un nombre, que puede ser el de una ciudad, un río, un estado o un imperio. En suma, cualquier palabra que figure en la abigarrada superficie del mapa. Un novato en el juego intenta confundir a su oponente proponiéndole nombres impresos con letras diminutas, mientras que un buen jugador elige los nombres impresos con gruesos caracteres, que van de una parte a otra del mapa. Esos nombres suelen pasar desapercibidos, precisamente porque resultan demasiado evidentes.

»Cuanto más pensaba en el ingenio decidido y brillante de D..., en que el documento debía

estar siempre disponible si pretendía servirse de él para sus fines, y en la absoluta seguridad proporcionada por el prefecto de que no se hallaba oculto dentro de los límites de su búsqueda, más seguro me sentía de que, para esconder la carta, el ministro había acudido al más sagaz de los recursos, el de no ocultarla.

»Convencido de esta idea, me puse un par de gafas ahumadas, y una hermosa mañana acudí como por casualidad a la mansión del ministro. Encontré a D... en casa, bostezando, holgazaneando y quejándose de un aburrimiento terrible. Seguramente se trata del más activo y enérgico de los hombres, pero solo cuando nadie lo ve.

»Para no ser menos, lamenté el mal estado de mi vista y la necesidad de llevar gafas. Pero bajo aquellas gafas pude observar con cuidado y detalle la habitación entera, mientras en apariencia escuchaba con atención las palabras de mi anfitrión.

»Me fijé en una amplia mesa escritorio junto a la cual D... estaba sentado, y sobre la que se veían algunas cartas y otros papeles, además de uno o dos instrumentos musicales y varios libros. Pero,

después de un atento examen, no percibí nada particularmente sospechoso.

»Entonces mis ojos, al recorrer la habitación, se detuvieron en un insignificante tarjetero de cartón que colgaba de una cinta azul, sobre la repisa de la chimenea. En aquel tarjetero, dividido en tres o cuatro compartimentos, había cinco o seis tarjetas de visita y una sola carta. Esta última estaba muy sucia y arrugada y casi partida por la mitad, como si alguien hubiera tenido la intención de destruirla y luego se hubiese arrepentido. Lucía un gran sello negro, con el membrete de D... muy visible, y estaba dirigida, con una letra menuda y femenina, al propio ministro. La carta había sido puesta con descuido, casi desdeñosamente, en uno de los compartimentos superiores del tarjetero.

»Enseguida comprendí que era la carta que buscaba. Ciertamente su aspecto no coincidía con la detallada descripción que nos había leído el prefecto. El sello no era pequeño y rojo, con las armas ducales de la familia S..., sino grande y negro, como he dicho, y llevaba el membrete de D... La dirección de la carta mostraba una letra diminuta,



mientras que la de la carta original, dirigida a una persona de la realeza, había sido escrita con caracteres firmes y decididos. Solo el tamaño de la carta coincidía. Pero la suciedad y el papel arrugado y casi roto, tan incompatibles con las costumbres regulares de D..., y tan sugerentes, por cuanto parecían un intento de confundir sobre el verdadero valor del documento, todo ello, digo, sumado a la colocación de la carta en el tarjetero, a la vista de cualquier intruso, confirmaron mis sospechas.

»Prolongué mi visita y, mientras discutía animadamente con el ministro acerca de un tema que siempre le interesaba, seguí observando la carta. Me esforzaba en retener todos los detalles de su apariencia externa y de su ubicación en el tarjetero, pero acabé descubriendo algo que disipó las últimas dudas que podían quedarme. Al reparar en los bordes del papel, advertí que estaban más gastados de lo necesario. Tenían el aspecto característico de un papel duro que ha sido doblado, aplastado y vuelto a doblar en sentido contrario, aprovechando los mismos pliegues. Ese descubrimiento me bastó. Era evidente que la carta había

sido vuelta del revés como un guante, a fin de ponerle una nueva dirección y un nuevo sello. Me despedí del ministro y me marché enseguida, dejando una tabaquera de oro sobre la mesa.

»A la mañana siguiente volví en busca de la tabaquera, y reanudamos plácidamente la conversación del día anterior. Pero, mientras hablábamos, se oyó justo debajo de las ventanas de la mansión una fuerte detonación, como un disparo de pistola, seguida por una serie de gritos de pánico y las voces de la multitud. D... corrió a una ventana, la abrió de par en par y miró hacia abajo. Mientras, yo me acerqué al tarjetero, cogí la carta, la guardé en el bolsillo y la sustituí por una copia, al menos en su aspecto externo, que había preparado cuidadosamente en casa, imitando el membrete de D... con ayuda de un sello de miga de pan.

»El alboroto callejero había sido causado por la extravagante conducta de un hombre armado con un fusil, que había disparado en medio de la calle. Pero, como el arma no había sido cargada con bala, el individuo en cuestión fue tomado por un borracho o un loco, y lo dejaron en libertad. Apenas se

hubo alejado, D... se apartó de la ventana, donde me había reunido con él poco después de apoderarme de la carta. Al cabo de unos minutos me despedí. El supuesto lunático, naturalmente, era un hombre pagado por mí.

—¿Pero qué pretendía usted —pregunté— al sustituir la carta por una copia? ¿No hubiera sido preferible apoderarse de ella en su primera visita, y abandonar la mansión?

—D... es un hombre decidido y valiente —repuso Dupin—. En su casa hay servidores fieles a sus intereses. Si me hubiese atrevido a hacer lo que usted sugiere, no habría salido de allí con vida. El buen pueblo de París no hubiese vuelto a hablar de mí. Pero, además, tenía otra razón para ser prudente. Usted conoce mis tendencias políticas. En este asunto he actuado como partidario de la dama en cuestión. Durante dieciocho meses, el ministro la tuvo a su merced. Ahora es ella quien lo tiene a él, pues, como ignora que ya no está en posesión de la carta, D... seguirá chantajeándola. Eso lo llevará inevitablemente a la ruina política. Su caída, además, será tan precipitada como ridícula. Es frecuente

hablar del *facilis descensus Averno*¹⁴; pero, en lo referente a ascensiones, cabe afirmar lo que la Catalani¹⁵ dijo del canto, o sea, que es mucho más fácil subir que bajar. En este caso no siento simpatía ni compasión por el que baja. D... es el *monstrum horrendum*¹⁶, un hombre de genio sin principios. Confieso, sin embargo, que me gustaría conocer con exactitud sus pensamientos cuando, al ser retado por aquella a quien el prefecto llama «cierta persona del más alto rango», se vea obligado a abrir la carta que le dejé en el tarjetero.

—¿Cómo? ¿Escribió usted algo en ella?

—¡Pues claro! No consideré conveniente dejar el interior en blanco. Habría sido insultante. Una vez, en Viena, D... me jugó una mala pasada, y en tono de buen humor le dije que no la olvidaría. Así que, como yo estaba seguro de que él sentiría curiosidad por saber quién lo había vencido, quise

¹⁴ «El descenso al Averno es fácil». (En latín en el original). Cita de *La Eneida*, poema épico del romano Virgilio (70 a. C.-19 a. C.)

¹⁵ Angelica Catalani (1780-1849) fue una famosa soprano italiana, la primera *prima donna* o cantante principal de carrera verdaderamente internacional.

¹⁶ «Monstruo horrendo». (En latín en el original).

dejarle una pista. D... conoce muy bien mi letra. Me limité, pues, a copiar, en medio de la hoja en blanco, estas palabras:

... *Un dessein si funeste,
S'il n'est digne d'Atrée, est digne de Thyeste*¹⁷.

»Las hallará usted en *Atreo y Tiestes*, el drama de Crébillon¹⁸.

¹⁷ «Un designio tan funesto, aunque no sea digno de Atreo, es digno de Tiestes». Atreo y Tiestes, hermanos gemelos, son personajes de la mitología griega. Atreo asesinó a los hijos de Tiestes y se los sirvió en un banquete. Tiestes tuvo otro hijo, Egisto, que al llegar a la madurez mató a Atreo.

¹⁸ Prosper Jolyot de Crébillon (1674-1762), dramaturgo francés, escribió nueve tragedias. Una de ellas, *Atreo y Tiestes*, fue estrenada en 1707.

Una cama terriblemente extraña

Wilkie Collins